

1991, ANDRÉS TRAPIELLO
(Presentación de “Locuras sin fundamento” II Tomo de su diario)

Creo que estamos ante un escritor muy válido, muy considerable, un magnífico escritor.

Los viejos, entre los que me cuento, se entienden mal con los jóvenes. Siempre ha sucedido así. Y los jóvenes, no solamente pagan con la misma moneda, sino que además, a veces, utilizan la moneda antes que el viejo. Unas veces son los jóvenes los que hablan mal de los viejos, y otras, son los viejos los que hablan mal de los jóvenes. Sí, me entiendo mal con los jóvenes, pero a veces, me gusta declarar, no pontificar, sino declarar tan sólo, que me gusta tal libro o tal otro...

Los jóvenes, cuando los viejos hacemos algún elogio, o creemos en alguien magnífico, como sucede en este caso, los jóvenes, digo, quedan descontentos, hambrientos porque esperan una crítica favorable desde luego, pero minuciosa, detallada, es decir, una crítica de crítico. Y el viejo ya no cree en eso, eso que le hace tanta ilusión al joven, o sea, que se le elogie, se le sitúe, que se considere su obra. El viejo, en cambio, ya no cree en eso. El joven espera que el viejo diga algo que le sirva para su obra futura, y el viejo ya no tiene ganas, entre otras cosas, porque al viejo, señalar unos defectos o unas virtudes en una obra, ya no le interesa.

Casi me atrevería a decir que al viejo no le interesan las obras. Esto no quiere decir que no me interesen *Las Meninas* o *El Quijote*. No está ahí la cuestión, para el viejo no está ahí la cosa. Para el viejo todas las peripecias de las obras no tienen importancia.

Uno, en cambio, coge una crítica actual, de cualquier actualidad, porque la actualidad va pasando, y oye que a este libro le falta “tal cosa”, y que a aquel otro le sobra “tal otra”; la crítica se entretiene, está entusiasmada y cree que ese es su deber, que está cumpliendo con su obligación.

Pero para el viejo no hay más que valores, y un libro, un andante, un cuadro, han dejado de importarle como virtudes y como defectos, para pasar a ser, más que nada, algo misterioso, secreto, algo que más que obra es autor...

Es decir, al viejo lo que le interesa es *aquello* que queda cuando, en cierto modo, ya ha desaparecido la obra; y lo que queda cuando ha desaparecido la obra es el *valor* y el *genio* de su autor. A los viejos nos quedan los autores, pero no las obras; puedo, incluso, entretenerme en gustarlas, o en recordar cuando a uno le gustaban, pero ahora lo que le interesa al viejo no es *Las Meninas*, lo que le interesa al viejo es Velázquez. Claro que le sigue interesando el *Don Juan* de Mozart, o *El Quijote* o *La Divina Comedia*, pero nos interesa como certificado de que Mozart, Cervantes, Dante o Velázquez han sido, han existido. Esto es lo que nos interesa a nosotros, eso es lo que me interesa a mí.

Avatares y dificultades, tropezones, gracias y genialidades están muy atrás, lo que queda son los autores.

Yo he venido a decir que creo firmemente que estamos delante de un autor, nada más.